DEMIURGO

Francisco Elipe Torné
Ferrán Cubells Tomeo

nowtilus

Colección: Narrativa
www.nowtilus.com

Título: *Demiurgo*
Autores: © Francisco Elipe Torné
© Ferrán Cubells Tomeo

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Copyright de la presente edición © 2013 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3.º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Edición impresa: 978-84-9967-497-1
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-498-8
ISBN Digital: 978-84-9967-499-5
Fecha de publicación: Abril 2013

Impreso en España
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito legal: M-5768-2013

Una vez terminado el juego, el rey
y el peón vuelven a la misma caja.

Proverbio italiano

ÍNDICE

Revelación 13

Praefatio 15

Génesis 17

Introductio

1 29

2 37

3 43

4 49

5 55

6 59

Pitaccium I. Los pordioseros

1 71

2 85

3 101

4 117

5 125

6 131

7 139

Pitaccium II. Los villanos

8 157

9 183

10 187

11 191

12 195

13 203

Pitaccium III. Los artesanos

14 217

15 229

16 237

17 243

18 253

19 263

Pitaccium IV. Los cortesanos

20 273

21 289

22 305

23 311

24 317

Pitaccium V. El señor feudal

25 329

26 333

27 341

28 349

29 357

30 363
31 367
32 373
Pitaccium VI. El rey
33 387
34 393
35 399
36 407
37 411
38 417
39 425
40 427
41 433
42 437
43 443
Côlophônis 455
Agradecimientos 461

Revelación

Enero, 1984

Dos manos ajadas por el frío de la montaña y el duro trabajo en la cocina rasgaban un elegante papel de embalar. Al retirar el envoltorio surgió un marco en tono caoba, de sobrios detalles, que enmarcaba un retrato en color de un grupo de personas acompañado de una pequeña misiva. En el centro de la imagen, con aspecto risueño y distendido, se encontraba S. M. el rey; a su diestra, el general Carmona, y en la siniestra, ella y su marido, Ramiro. Entre las piernas del monarca saludaba un mozalbete de unos ocho años, bastante bien formado para su tierna edad y con unos arrebatadores ojos azules.

> Querida Dionisia:
>
> Cumpliendo mi promesa, te mando el retrato para tu peculiar colección. Colócalo bien visible para que todo el mundo pueda admirar al guapo de mi nieto.
>
> Un beso para todos de
>
> A. C.

Dionisia asintió complacida. Acto seguido se dirigió al restaurante, donde en una de sus paredes destacaban tres fotografías, debajo de ellas, el año correspondiente a su realización –desde 1980–. Todas tenían un denominador común: el rey y el matrimonio.

El año 1983 ya estaba escrito en la pared. Con sumo cuidado colgó el retrato en una escarpia habilitada para ello y se fue alejando sin apartar la vista de la fotografía. Había algo en ese niño que le erizó el vello de todo el cuerpo. Era una mirada fría, distante, impropia de una criatura inocente.

Praefatio

[…] Un rayo rompió la oscuridad de la noche; el trueno retumbó en el patio de armas. Durante el instante fugaz de la centella y el estampido posterior, la sombra que se desplazaba se detuvo. El rostro deforme de Khul contempló el firmamento con desafío. En su enorme mano llevaba una jarra de barro y en la otra, un manojo de pesadas llaves. Cuando las tinieblas lo envolvieron de nuevo prosiguió el camino hacia las mazmorras.

Agustín subía por las estrechas escaleras de la torre del homenaje. La opresión que sentía en el pecho le hacía difícil la respiración. Las sienes palpitaban como un segundo corazón. Su conciencia le dictaba que no había llegado a tiempo. Alcanzó el final: la puerta estaba entreabierta y una tenue luz salía de la habitación.

Una tea alumbraba el pasillo del tercer nivel de los calabozos, que conducían a la duodécima mazmorra. El olor era nauseabundo; la humedad y el frío, insoportables. Una voz profunda tronó en el pasadizo:

—¿Lo has conseguido, mi fiel siervo?

—Sí, mi amo y señor.

Ningún sonido salió de la garganta de Agustín, el usurero, cuando vio la terrorífica escena. El conde, su señor, yacía colgado boca abajo, sujeto a un travesaño; su cuerpo, cortado en canal desde el escroto hasta la altura del esternón. Las vísceras colgaban llegando hasta el suelo. A su lado una sierra maderera reposaba goteando sangre. Agustín sollozaba. Cayó de rodillas y un lamento brotó de sus labios:

—¡Oh, Lucifer, ángel del fuego, te he fallado!

Khul, postrado de rodillas, alzó la jarra por encima de su cabeza e imploró:

—Dios único, mi Señor, creador de todas las cosas, aquí te traigo el último linaje.

La serpiente con cabeza de león tomó la jarra y bebió la sangre del conde. Del interior del cuerpo surgió una luz cegadora que invadió la estancia y atravesó los angostos pasadizos saliendo al patio de armas. La noche se volvió día y todos los habitantes del castillo se postraron sumisos.

Agustín observó la luz a través de la aspillera. Después de mucho tiempo volvió a sentir una desazón casi olvidada: tenía miedo. Ya no había duda: Satán había vencido.

Era el último día del año 999 en el condado de Worlook.

Así terminaba el módulo de *La Anástasis*. Cerró el manuscrito y lo dejó encima de la mesa.

Génesis

Verano del 2000

En el vestíbulo del hotel Bexton-Valencia se vivía el trajín típico de principios de julio. Los amables recepcionistas se afanaban en atender a los turistas que se agolpaban en el mostrador solicitando información de los muchos lugares de interés que una ciudad como Valencia ofrece al viajero.

Al fondo se encontraba el salón, con una pequeña pero coqueta barra de bar. El camarero sacaba brillo a una de las copas mirando de soslayo el generoso escote que lucía una clienta, la cual degustaba un cóctel de llamativos colores. En uno de los rincones de la estancia, sentado en un cómodo sillón con un *gin-tonic* en la mesa y ajeno absolutamente a la vorágine veraniega, se hallaba Paco Toel, conocido articulista y director de un programa radiofónico sobre temas esotéricos y fenómenos extraños. Su presencia en el hotel se debía a su participación como miembro del jurado de un certamen de juegos de rol.

En el transcurso de la semana habían estudiado y debatido sobre el medio centenar de módulos que los aspirantes habían enviado. Por fin, ayer viernes, por unanimidad alcanzaron un veredicto, otorgando el triunfo a *La isla*. Para Toel no ganó su favorita, ya que *La isla* era una burda copia del juego de rol por excelencia, *Dungeons & Dragons*.

Paco Toel, zaragozano de treinta y seis años, de tez muy morena, complexión fuerte y barriga cervecera, observaba su «magdalena»,

nombre que pusieron Toel y sus amigos al *gin-tonic* con limón exprimido cuando comprobaron que, a medida que se agotaba, la pulpa del limón se quedaba adherida en el vaso, semejando los trozos de magdalena empapada del líquido en la taza del desayuno. Huelga decir que este descubrimiento fue realizado en una barra de bar un sábado cualquiera cuando ya amanecía.

«Esta "magdalena" me está poniendo tontorrón. Será que he pasado cinco días sin salir de una habitación con siete colegas leyendo historias (muchas de ellas absurdas) y, tras interminables discusiones, no venciera mi favorita», reflexionó.

Tomando una carpeta marrón de encima de la mesa, murmuró: «Más papelotes para casa». No sabía por qué, de todos los eventos en los que participaba –concursos, premios, etc.– se acababa llevando las sinopsis de los finalistas, incrementando con ello el ataque de nervios de su amigo Juan Martini cuando le visitaba en su despacho. Este era el rey del orden, del etiquetado y de los archivos, mientras que Toel era el rey del «manga por hombro», aunque, eso sí, lo justificaba diciendo que era una «desorganización organizada».

«Este Juanito es la leche», pensó al tiempo que sonreía. Llevaba más de semana y media sin tener noticias de él –incluso con el lío del concurso le había dejado tres mensajes– sin obtener ninguna respuesta a las llamadas.

Hojeando los borradores, llegó a la historia que a él le había fascinado: *La Anástasis,* un juego original cuya trama era la siguiente: un endriago estaba encerrado en la más recóndita mazmorra de un castillo feudal. Allí cautiva a su carcelero con futuras promesas para que le suministre el flujo vital de diferentes castas. Había que ir matando con diferentes aparatos de tortura de la época hasta llegar al señor feudal. Cuando dicho ser fue alimentado de la sangre, surge de la oscuridad y en el castillo reina el mal, el horror y el miedo.

Todos estuvieron de acuerdo en que era la más brillante de todas las tramas, pero optaron por *La isla*. Esta historia perseguía el bien, y consideraron que, con los últimos acontecimientos acaecidos en diferentes partes del mundo –algunos jugadores no habían sabido separar la ficción de la realidad–, no era aconsejable que venciera *La Anástasis,* que realzaba el arte de matar. «Muerte, sangre, terror». Todo lo había conocido en primera persona el fatídico año de 1999.

Apuró la «magdalena», se levantó y encaminó sus pasos hacia la barra del bar. Todavía le recorría un escalofrío por la espalda al recordar

los sucesos del año pasado. Apoyándose en una esquina de la barra, llamó al barman:

—Hola. Me pones otro *gin-tonic* con limón exprimido, por favor –solicitó con voz profunda.

—Inmediatamente, caballero –y, acompañando sus palabras, se prestó con celeridad a preparar la copa.

Toel, aún ensimismado por aquellos turbadores acontecimientos, observó como el barman ultimaba la mezcla de los ingredientes.

—Su copa, señor. Deseo que sea de su agrado –anunció el barman, sirviéndole la copa con un llamativo posavasos del hotel y devolviéndolo al presente.

—Muchas gracias. Seguro que sí. El primero estaba *cum laude* –le contestó con una sonrisa–. Perdona, ¿te llamas…?

—Carlos, señor. Para servirle –respondió el barman acercándose a Toel y pensando en una buena propina.

—Carlos, supongo que sabrás donde puede ir un casi cuarentón como yo a divertirse un sábado por la noche.

—No ha podido elegir mejor lugar para ello. A seiscientos metros de la puerta del hotel se encuentra el barrio del Carmen, allí seguro que halla lo que busca. Los bares de copas y discotecas están todos juntos; es sin duda la zona de marcha de Valencia.

—No se hable más: está decidido. Que se vayan preparando las señoritas o señoras: ¡Paco Toel ataca de nuevo! –sentenció con cara picarona mientras apuraba la «magdalena» en largos tragos–. Apunta dos pelotazos en la cuenta; paga la editorial. –Le guiñó el ojo en medio de una gran carcajada y, dejando una generosa propina, se encaminó hacia la recepción del hotel.

Carlos observó como se alejaba. Su experiencia le permitía catalogar a los clientes. A Toel lo incluyó en el grupo de «buena gente». Gracias a Dios, era el más habitual.

Toel se dirigió a la recepción, dejó la carpeta con las llaves y salió al exterior del hotel. El impacto que recibió de la canícula le hizo dudar durante unos instantes si era mejor quedarse en la comodidad del hotel o seguir sus instintos. Pero el calor interior pudo al exterior y avanzó por la calle con paso decidido. A medida que se alejaba observó la fachada del Bexton-Valencia, conservaba el estilo de palacete de los edificios de la zona del centro. Se encontraba a pocos minutos de la espléndida catedral, de la iglesia de Nuestra Señora de los Desamparados

y de la famosa torre del Miguelete. Sin embargo sus pies no entendían de cultura y lo encaminaron hacia las primeras luces de neón que ya vislumbraba en la lejanía. Se alisó los bermudas, estiró la camisa para disimular el «airbag» y se sumergió en el ambiente, a la búsqueda de los placeres que la noche le reservaba.

Los huéspedes de una de las habitaciones con terraza de la sexta planta del hotel no participaban del ambiente veraniego. Sentado en una de las cómodas hamacas estaba Pau Caró, de veinticuatro años, anchas espaldas, abdominales moldeados en gimnasio, piel cuidada, bellas facciones y ojos de un azul de los que su *avi* decía que reflejaban todos los matices del Mediterráneo en un día de primavera, aunque en realidad su mirada más bien transportaba a las gélidas aguas del mar Ártico.

Su mirada perdida no estaba admirando el bello panorama que la privilegiada habitación le ofrecía. Se levantó con rictus serio y entró a la habitación, donde el aire acondicionado mitigaba el bochorno del exterior. Se dirigió hacia la cama doble para tumbarse. El minibar estaba abierto mostrando una importante escasez de existencias. La puerta del baño estaba cerrada, pero el sonido de la ducha le informaba de que su compañero Julen se refrescaba de la calurosa tarde de julio.

En la mesita del escritorio una bola de diez gramos de coca traída en valija diplomática de un país sudamericano –no hay nada como tener amistades «peligrosas»– esperaba a sus adictos dueños. El sudor empezaba a secarse, sin embargo la sangre le hervía por dentro.

¡Que me suceda esto a mí!, ¡a Pau Caró!, de los Caró de Barcelona. Licenciado en Filosofía por la prestigiosa Universidad Pontificia de Comillas. Sobresaliente en la tesis Evolución del gnosticismo en la Edad Media. *Admitido en la Loyola University de Chicago para realizar un máster el próximo año. Después de emplear seis meses de un año sabático en crear el juego* La Anástasis, *ocho incompetentes jurados dan ganador a* La isla. *¡Puag!, juego de bellas* principitas *y maravillosos guerreros que luchan con monstruosos bichos en mundos imaginarios (pero qué repetitivos…) para que al final todos sean felices y coman perdices. ¿Qué sabrán ellos de la lucha y la opresión de lo material con el pensamiento filosófico?, del triunfo del Demiurgo, imponiendo la esclavitud a los hombres de las pasiones materiales, alejándolos de lo único puro: el pensamiento.*

Absorto en sus reflexiones, dio un respingo al sentir la melodía de su móvil. Era su querido abuelo.

—¡Hola, *avi*!, ¿qué tal estás?, ¿dónde te encuentras? –contestó con renovadas energías.

—Tranquilo, estoy bien, bordeando las costas ibicencas a bordo del *Montse II*. ¿Qué tal vuestro proyecto?, ¿ya sabéis el resultado de la votación?

—Sí, *avi*, hemos sido finalistas, pero el primer premio y la publicación del juego se lo han dado a una especie de cuento de hadas.

—Bueno, no ha estado del todo mal entonces.

—Ha sido una putada. Después de seis meses de estrujarnos los sesos buscando una trama inteligente y original, llegan unos incultos que no conocen lo más profundo de la filosofía y dan ganadora a la simplicidad antes que a la inteligencia.

—Sosiégate, Pau. Tampoco lo pasasteis tan mal: medio año en un ático de la familia Baigorri, en Donosti, con las mejores vistas a la playa de la Concha y, a tenor de las facturas que hace poco me llegaron, no creo que os privarais de nada –concluyó el abuelo con una carcajada.

—Pero, *avi*, ya sabes la ilusión que nos hacía, sobre todo a Julen, que intentó reflejar nuestras tesis en el juego –contestó con voz abatida.

—Paciencia. Si me termináis el máster tan brillantemente como la licenciatura, el *avi* Albert moverá unos hilillos para que vuestro juego salga a la luz. ¡Pau!… –¡Chas!–. Se corta… Estoy pasando por unos acan… *Adéu*.

—*Adéu, avi*. No te preocupes, todo el país oirá hablar de *La Anástasis*. –Esta última frase no llegó a escucharla el señor Albert Caró, pues las ondas se perdieron en los aproximados doscientos veintiocho kilómetros que separan Valencia de los idílicos acantilados ibicencos.

Coincidiendo con el final de la conversación, la puerta del baño se abrió y apareció mojado y como su madre lo trajo al mundo Julen Baigorri. Al contrario que su compañero, este era de estatura baja, pelo rubio y piel lechosa. Extremadamente delgado, pero muy fibroso, era puro nervio (su madre siempre decía a sus amistades que no había tenido más hijos porque con Julen le daba la sensación de haber parido trillizos de lo movidito que era el nene). Sus movimientos eran felinos y con una elegancia que muchas *top models* envidiarían. Realizó los mismos estudios que Pau, pero sus calificaciones se contaban por matrículas de honor y su tesis, *Neoplatónicos en el medievo,* mereció la calificación de *cum laude*.

—¿Quién ha llamado? –preguntó, entregándole una crema hidratante.

—Mi abuelo. Quería saber cómo nos había ido en el concurso –le contestó, vertiendo gran cantidad de crema sobre su vasta mano.

—Le habrás contado con pelos y señales la injusticia que han hecho con nuestro «hijo», ¿verdad? –exclamó, cerrando los ojos al sentir como la mano impregnada de crema le recorría la escuálida espalda.

—Sí. Antes de que se cortara por falta de cobertura me dijo que no nos preocupáramos, que ya se encargaría él de que el trabajo saliera a la luz…

Aún no había terminado de hablar cuando el pequeño cuerpo que tenía entre las manos se revolvió y, como lanzado por un resorte, le espetó:

—¡No!, esta vez lo vamos a solucionar nosotros, tu «avi» no moverá ni un dedo. No hemos estado seis meses documentándonos delante del ordenador hasta quedarnos casi ciegos y pasando noches sin dormir, creando un guion factible y amoldable a nuestras tesis, para que una cuadrilla de pazguatos ignorantes digan que la trama es muy buena, pero que resalta la crueldad. ¡Por Dios, qué imbéciles! –Cerró los ojos y respiró profundamente, la agitación fue dando paso a un pulso normal.

—Tranquilízate. Me asustas cuando te pones así –respondió, al tiempo que le acariciaba dulcemente la cabellera rubia, todavía mojada.

—Ok. Ya se me pasó. ¡Lo ves!, fue una gran idea «untar» al camarero que atendía al jurado para saber que el único que luchó hasta el final por nuestro «hijo» fue el vecino de abajo –musitó, acompasando el movimiento de la cabeza con la caricia de su amigo.

—Sí, pero el puto camarero se ha sacado un sobresueldo por unas pocas horas jugando a los espías –replicó Pau, revelando su idiosincrasia catalana.

—Va, *cari*, ha sido una gran aportación lo del espía, como lo llamas. Gracias a ello ya tenemos nuestro usurero particular, receptor del mensaje de los dioses. ¡Ya ha anochecido! Llama al servicio de habitaciones para que suban una botella de güisqui y te explicaré lo que se me ha ocurrido mientras me bañaba –le comentó, zafándose de las manos de su amigo al tiempo que se ponía unas braguitas de encaje negro y se cubría con una bata de seda escarlata.

Pau pidió una botella de Glenfiddich Ancient Reserve de dieciocho años y una cubitera con hielo, sin dejar de observar a Julen; ante sus ojos se alzaba una «diosa».

En la calle Pascual i Genis reinaba la tranquilidad habitual que las cuatro y pico de la madrugada solía brindar a sus vecinos, cuando unas carcajadas irrumpieron desde el principio de la calle. La luz de la farola alumbró a Paco Toel y, por la forma de andar, daba la impresión de que se había tomado hasta el pulso; a modo de bastón iba apoyándose, más bien apuntalándose, en Amparito, valenciana de treinta… y tantos años.

Entraron en el hotel intentando comportarse dignamente, aunque, como suele ocurrir en estos casos, las evidencias dejaron claro al adormilado recepcionista las lamentables condiciones en las que venía la pareja. Desde la puerta hasta el mostrador tropezaron con todos los elementos posibles. Toel iba mentalmente preparando las palabras que tenía que decir al empleado, pero, llegado el momento, de su boca sólo salieron unos sonidos guturales e inconexos. Amparito en ese instante soltó la risa tonta y contagiosa.

Se dirigieron al ascensor. Toel observaba el trasero de Amparito; no tuvo la menor duda de que la paella y la huerta valenciana eran las culpables de la enorme circunferencia que el liviano vestido veraniego dejaba entrever. Cuando se puso en marcha el ascensor, un mareo le sobrevino. Al faltarle la línea del horizonte, fijó la vista en el «canalón» que formaban los sugerentes pechos de su acompañante para mantener el equilibrio. En el interior de la habitación, después de haber pasado por otra comedia para abrir la puerta, cayeron entre risas sobre la cama con gran estruendo.

—Perdona, Amparo, voy a preparar el *jacuzzi*. Estamos cubiertos de sudor y necesito despejarme un poco, pues la habitación creo que ha llegado al programa de centrifugado –exclamó Paco, intentando liberarse de una maraña de sonrosada carne.

—De acuerdo, prepararé una copa –refunfuñó Amparito–. Yo también necesito refrescarme, pero no creo que el agua con burbujas me quite este calor interior que tengo –añadió picaronamente mientras se abanicaba entre las piernas.

Toel sonreía al dirigirse hacia el baño. No le quiso decir que quería cumplir una de sus fantasías morbosas: la de hacer el amor entre burbujas.

Cuando entró Amparito, totalmente desnuda y con las copas en las manos, él estaba sumergido entre alegres burbujitas.

—¡Mira qué iceberg ha surgido de las aguas! –exclamó.

—¡*Hummm*!… ¡Qué maravilla! Dicen que sólo asoma el diez por ciento de todo el iceberg, lo gordo está sumergido –le contestó, mirando lascivamente al punto que Toel le indicaba.

Ahí demostró Amparito su conocimiento de los hielos nórdicos. Acomodando las copas en un taburete, se dejó caer a plomo en el *jacuzzi*, pero lamentablemente se olvidó de la ley de Arquímedes, desalojando la misma cantidad de agua que su cuerpo rollizo ocupaba.

En la terraza del piso superior dos falos apuntaban a la luna de Valencia –en este caso no era en sentido figurado, sino literal–. Dos cuerpos desnudos, borrachos, drogados y excitados por los ruidos que oían de la habitación inferior observaban la enorme luna de los inicios de julio.

La botella de malta estaba vacía, la bola de coca había sufrido un *lifting* y reposaba en un recipiente al vacío para evitar la humedad de la costa. A la Visa oro y a un billete de dos mil pesetas les había salido un sarpullido de motas blancas, como si se tratara de una epidemia del capital.

—Qué bien se lo está pasando el vecino –comentó Pau.

—Si te das cuenta, esto también es un signo –contestó Julen con entonación enigmática.

—¡Signo! ¿Qué signo? –preguntó extrañado.

—No te das cuenta, *cari*: es la providencia –le respondió.

—¿Providencia? –volvió a preguntar Pau cada vez más confundido.

—¡Joder!, parece que estoy hablando con un loro –dijo enfadado, levantando la voz–. Creo que la *farlopa* te atonta en vez de despejarte. ¿No te parece genial que de cientos de hoteles de la ciudad hayamos coincidido en el mismo y esté en la habitación de la planta de abajo?

—No le había dado importancia –contestó escéptico, sin entender aún lo que le quería decir.

—Pues la tiene –sentenció–. Después de lo planeado esta noche, me parece a mí que esto es una señal. Al regreso de Estados Unidos pondremos el plan en marcha e invitaremos al señor Toel a que entre en el «juego». A ver si demuestra la inteligencia que le intuimos y evita que el Demiurgo llegue al final de su propósito. –La mirada de Baigorri

irradiaba un brillo especial, semejante a la de un jugador que apuesta todo su resto a una sola carta.

—Pero si nos vence, ¿significará que tú y yo pasaremos una larga temporada en la sombra? –preguntó, dándole pragmatismo al asunto.

—Sí, claro. Ahí está lo excitante del «juego»: ocho vidas penderán de un hilo. Nosotros tenemos más de un año para preparar nuestras bazas. Él tendrá que ir contrarreloj y actuar sobre la marcha para poder atraparnos. Será una partida sin tablas posibles, y eso me excita.

Terminó de hablar, se levantó, alargó la mano y tomando el miembro de su compañero tiró con suavidad obligándole a seguirle. Lo llevó hasta la cama. Él se tumbó y se dejó llevar. El lecho era el único lugar donde Julen se dejaba dominar. Le gustaba comprobar como el cuerpo atlético de su amante le sometía de todas las formas posibles, sentir las enormes manos de Pau cuando le inmovilizaba con sus caricias, notar como le penetraba, primero suavemente y luego con una violencia controlada, experimentando sensaciones prodigiosas.

La pasión triunfaba en las dos últimas plantas del hotel Bexton-Valencia, pero el embrión de la bestia ya se había gestado. Entretanto, las primeras luces del nuevo día ganaban terreno, apagando la luna llena que había reinado en la calurosa noche de julio. Todo hacía presagiar que amanecería otro día caluroso en la ciudad del Turia.

INTRODUCTIO

1

Primavera, 2007

El reloj del ayuntamiento de El Frasno señalaba las once en punto. Una furgoneta bajaba por la calle Alta tocando el claxon a modo de aviso. Era jueves, el día en que el pescadero invadía la plaza rompiendo la monotonía de la mañana en el pequeño pueblo. Mientras este montaba el minúsculo puesto en la parte trasera de su vehículo, las mujeres con sus cestas acudían para realizar la compra semanal del pescado.

Tres abueletes que se hallaban conversando sentados al sol observaron como la paz habitual y cansina del pueblo se había convertido en un griterío ensordecedor.

—Vamos, señoras, que traigo merluza de anzuelo, gallos superfrescos, sardinitas del Cantábrico –recitaba el pescadero, con voz potente y monocorde, incitando a la compra.

—Mariano, ¿te has acordado del pedido que te encargué? –le gritó una mujer que se dirigía trotando hacia el tenderete.

Los abuelos rápidamente se aburrieron del trajín de la plaza y siguieron con la conversación interrumpida.

—Pues como siga este tiempo del norte peligrará la cereza temprana –sentenció el anciano de la derecha llamado el Candiles.

—Tienes mucha razón –asintió el de la izquierda–. No me extrañaría que una noche de estas nos *levantemos* con un palmo de nieve.

—Esta mañana cuando me he *levantao* para dar de comer a los animales, la «Vicora» estaba un poco *harineada* en la cumbre –afirmó el del centro, llamado Miguel.

Al unísono alzaron la vista para mirar la sierra Vicor, perteneciente al sistema Ibérico, que con una altitud de mil cuatrocientos metros está considerado un punto estratégico-militar, ya que en su cima se levantan dos esferas, punto visible de una estación de radar.

Por las escaleras de piedra que rodean a la «torre Aislada» (fortificación árabe del siglo XI, restaurada su fachada en los años ochenta gracias a un importante cargo político aragonés; bueno, el agradecimiento tendría que ser a su señora abuela, hija del municipio que con su insistencia baturra convenció al ilustre nieto de que arreglaran la torre, orgullo de todos los *frasneros*) bajaba Rafael, el chico de la tía Ágata. Cuarenta y tres primaveras le contemplaban; de pelo cano y ancho bigote, un ojo vivaracho que no dejaba escapar detalle, el otro lo perdió el año pasado en un desgraciado accidente laboral. Un coqueto parche negro tapaba el horrible hueco que le produjo la traicionera rama de cerezo. Cumplía con su ritual de todas las mañanas: después de desayunar se dirigía a la fuente de la plaza y bebía un largo trago de agua de manantial.

Antes de disponer de agua corriente en las casas –esto ocurría a mediados de los setenta–, era el centro neurálgico del pueblo. De la fuente tallada en roca salen tres caños de agua cristalina que llenan un pilón de piedra; este a su vez, mediante un estrecho conducto, comunica el agua a otro pilón de unos quince metros de largo y unos cuarenta centímetros de ancho formando el abrevadero. Otro pequeño orificio deja pasar el agua a través de una pared y desemboca en una de las tres pilas del lavadero, estas también comunicadas entre sí hasta que el agua por fin cae en un gran desagüe. Con esta pequeña obra de ingeniería y la ley de los vasos comunicantes aprovechando el desnivel del terreno, los moros del siglo XI solucionaron el problema del agua tanto a los hombres como a los animales.

Rafael recordaba con cariño la etapa infantil cuando su madre le mandaba por la mañana con los dos botijos a buscar el agua de la fuente. Al llegar, un montón de críos ya estaban haciendo cola con los respectivos recipientes y empleaban ese tiempo de espera para decidir, de entre un largo etcétera de juegos, cuál sería el elegido para jugar posteriormente. En esa época los niños no tenían videoconsolas o artilugios parecidos para pasárselo en grande.

El *jomandil*, o viento del norte, le azotó el rostro como si cientos de diminutos alfileres se clavaran en la piel, transportándolo al tiempo real.

—¡Joder con el calentamiento del planeta!, hace un frío del carajo –exclamó subiéndose las solapas de la gruesa cazadora. Reemprendió su paseo matutino; hoy le tocaba ir por el barrio bajo hasta las escuelas. Ahí seguiría por la nacional antigua y llegaría a Val de Calderas.

Seleccionado el itinerario se puso en marcha. No había andado treinta metros cuando llegó a la primera parada: la panadería de Jesús. Al entrar percibió el agradable calorcillo que el horno de leña distribuye por toda la tahona. El sentido del olfato se dispuso a diferenciar los distintos olores que hasta él le llegaban; a pan recién hecho, a magdalenas, a mantecados y a ricos bizcochos. Guiado por los aromas penetró en la trastienda y llegó hasta el horno centenario, después de sortear bandejas con productos ya elaborados esperando su empaquetamiento.

Con una enorme pala de madera introduciendo bandejas de magdalenas, se encontraba Jesús. De la misma edad que Rafael, calvicie incipiente, ojos de azul intenso y sonrisa sincera, en su rostro destacaban las ojeras marcadas y el rictus de cansancio.

Desde que la gente joven abandonó el pueblo para irse a la gran ciudad, el negocio familiar fue cayendo gradualmente. Se levanta a las cuatro de la madrugada, elabora el pan para el pueblo, luego empieza a preparar las *frasneritas*, maravillosas magdalenas artesanas de forma alargada –parecen huevos fritos a la plancha–, los ricos mantecados y los roscos de bizcocho. Durante años ha tenido que hacer todas las funciones del negocio: desde fabricante, pasando por comercial, hasta repartidor.

Hoy en día ha ampliado su mercado por los pueblos de la comarca llegando hasta Calatayud. Un par de veces a la semana se traslada a Zaragoza para suministrar a un grupo de panaderías que distribuyen sus productos.

—¡Buenos días! ¿Ya ha amanecido para nuestro «bucanero»? ¿Cómo te encuentras esta mañana? –le saludó Jesús con una sonrisa mientras cerraba el portón del horno.

—Estoy bastante jodido; estos cambios de tiempo primaverales me están matando.

—Es verdad, yo tengo un dolor de cabeza toda la mañana que voy medio lelo.

—¡*Joer!*, pues te ha cundido la mañana… –matizó observando la cantidad de bandejas apiladas por todos los sitios.

—¡Maño!, ¿qué piensas? Hoy es jueves y esta tarde tengo que repartir la mercancía para el fin de semana.

—Es verdad, no sé en qué día vivo. Esto de levantarte por las mañanas y tener todo hecho es desconcertante –dijo Rafael con rostro afligido.

—Es duro que te jubilen a los cuarenta, ¿verdad? –preguntó Jesús.

—Bastante. Cuando te lo dicen lo primero que piensas es: «Dispongo de todo el tiempo para hacer las cosas que me gustan». Empiezas con tus aficiones abandonadas hace épocas, las cuales inicias con la mayor de las ilusiones, pero el sentimiento de angustia de verte abocado a hacer cosas que servirían para relajarte del estrés del «curro», y que realmente las estás haciendo para matar las horas, rápidamente te cansa. Los amigos están en sus trabajos y no pueden atenderte. Si te juntas con otros jubilados, el choque generacional es evidente. ¡En fin!, estás fuera de lugar en todos los sitios. Me siento como un jarrón que vas cambiando de lugar porque no sabes dónde meterlo.

—¡Bueno! Tampoco es el fin del mundo. La vuelta al pueblo después de los meses de convalecencia en el hospital te servirán para aclararte las ideas y empezar una nueva vida –dijo Jesús intentando quitar hierro al asunto, viendo el estado de desánimo de su amigo–. ¿Qué itinerario te toca hoy? –le preguntó mientras sacaba las bandejas de magdalenas recién elaboradas.

—Voy hasta Val de Calderas, con este biruji que sopla me espabilaré para todo el día.

—¿Me harás un favor?, ¿sabes el terreno con cuatro cerezos que tengo debajo de la parcela de almendros de los Morrocortos? Le das un vistazo, tengo el temor de que estos fríos me hayan arruinado la cosecha de este año.

—Sí, sé dónde está. No te preocupes, pasaré por ahí, pero no creo que les haya pasado nada, hace un día que hemos entrado en la primavera. Bueno, te dejo, que me quedan unos kilómetros por delante y no quiero volver tarde. A mi cuñado le gusta echar una cabezada después de comer y hoy mi hermana está preparando unas patatas con congrio que quitan el sentido –se despidió pillando un par de *frasneritas* a modo de avituallamiento.

—Cuídate. Aún tengo tajo para rato –le respondió como despedida con una amplia sonrisa mientras empezaba a embolsar los mantecados.

Al salir de la panadería notó el cambio brusco de temperatura; su nariz padeció el viento helado que soplaba en la calle, pero hasta su olfato

le llegó el olor a leña de olivo, cepa, sarmientos y piñas secas de pino que la mayoría de las chimeneas desprendían.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Rafael. Ya había llegado al barrio bajo. Pasó al lado de la casa de su amigo José Manuel, a su izquierda está el antiguo barranco que servía de cloacas antes de poner el agua corriente con su correspondiente alcantarillado. Al fondo ya se distinguían las escuelas.

Enfrascado en sus recuerdos ya había alcanzado las escuelas cuando el cerebro le mandó una señal devolviéndolo al presente; observó que había algo fuera de lo normal. En frente del colegio se encuentra el viejo caserón, casa de mediados del siglo XIX, a la sombra de tres acacias centenarias, rodeada por una tapia.

Es una de las casas más grandes del pueblo. A través de su historia este caserón ha tenido diferentes inquilinos y utilidades: desde el clero –residencia veraniega de una orden religiosa–, hasta la Guardia Civil, que lo utilizó como cuartelillo durante algunos años, pasando por la factoría cinematográfica española, ya que en ella se rodaron los interiores de una película de serie B de los años cincuenta: *Un indiano en Moratilla,* pues aprovechando el éxito de *Bienvenido, Mister Marshall,* muchos guionistas de la época encontraron un filón con la idea de la llegada de ricos americanos e indianos a pueblos de la España profunda alterando la vida de sus lugareños.

Lo que le llamó la atención de la casa fue que había vida. Después de una larga temporada en la que el viejo caserón permaneció cerrado, ahora una frenética actividad lo envolvía. Un enorme todoterreno negro con las ventanillas tintadas del mismo color estaba estacionado entre las majestuosas acacias. Un camión de mudanzas franqueaba la puerta principal. De él unos operarios descargaban diferentes bultos que introducían en el ancho patio de la casa, una pareja daba órdenes a los mozos de la mudanza. Rafael no se resistió a presentarse a los forasteros; primero, para dar la bienvenida a los nuevos vecinos del pueblo y así cumplir con la ley de la buena vecindad, y segundo, para satisfacer la curiosidad que le embargaba, desde que se había jubilado era todo un cotilla. Ni corto ni perezoso se aproximó a la pareja que seguía con atención las evoluciones de la mudanza.

—Buenos días, señores. Me llamo Rafael y soy vecino del pueblo –se presentó alargando la mano primero a la señora para luego estrechársela al caballero.

—Buenos días tenga usted. Yo soy Cristina y él es mi marido, Leopoldo –le contestó la señora, todavía joven y muy delgada, de larga cabellera morena que contrastaba con su pálida tez, los ojos, a la vez que parte de su rostro, invisibles tras las enormes gafas de sol que se habían puesto de moda.

—Hola –saludó el tal Leopoldo.

A Rafael le sonó más a un gruñido que a una palabra. Más viejo que ella, aunque debajo de las ropas de abrigo se adivinaba que se mantenía en forma, de pronunciada alopecia con espesa barba y bigote, al igual que su mujer sus ojos se escondían detrás de unas grandes gafas.

—¿Se han trasladado a vivir permanentemente a El Frasno? –preguntó como el que no quiere la cosa.

—¡Oh, no!, sólo por un tiempo. Mi marido es un alto ejecutivo de una empresa multinacional y nuestro médico le ha recomendado una temporada de paz alejado de la vorágine de la ciudad, de ventas, compras, balances y unos largos etcéteras comerciales.

—¡Cuidado con esas cajas! ¡Llevan materiales muy frágiles! –gritó Leopoldo dirigiéndose hacia la parte trasera del camión, dejándolos solos.

—Perdonen, los estoy entreteniendo. Veo que están muy liados. Sólo me queda desearles una feliz estancia en el pueblo y ya nos iremos viendo, pues todos los caminos llevan a la plaza –se disculpó.

—Perdónenos a nosotros. Me temo que no hemos sido muy buenos anfitriones, pero le prometo que cuando estemos instalados quedaremos para que nos enseñe el pueblo y a sus gentes –le contestó la mujer con la más dulce de las sonrisas.

—Le tomo la palabra, sólo tienen que decírmelo. Me reitero en lo dicho: bienvenidos a El Frasno. Voy a seguir con mi paseo matutino, que también me lo mandó el médico.

—Muy bien. Así me gusta, que sea obediente. Creo que mi Leopoldo no será tan disciplinado como usted –le contestó, dándole un beso en la mejilla a modo de despedida.

A izquierda y derecha los olivos, almendros y cerezos se mecían al compás del fuerte viento del norte. El paisaje se distinguía a kilómetros de distancia por la luminosidad del sol primaveral y por la claridad atmosférica debida al viento. Se veía en todo su esplendor el valle del río Grio, junto con el del Jalón, y la sierra de Morata parecía que estaba a pocos metros de distancia. Al fondo, tapado por gruesas nubes, se alzaba majestuosa la silueta del Moncayo.

Dentro de esta orgía de belleza, paz, naturaleza y paisaje llegó al recodo del camino que le enfilaba al final de su excursión. Aspiró una gran bocanada de aire puro mientras dirigía la vista hacia el pequeño campo de Jesús para ver los cerezos, pero sus pensamientos eran muy distintos.

«¡La leche!, cuando le cuente a mi hermana lo de los forasteros y me pregunte cómo son, no sabré qué contestarle. Le puedo decir que son majos, muy educados, con mucha clase, pero estoy seguro de que, de topármelos con otras ropas, otro peinado y sin gafas, no los reconocería», iba meditando Rafael.

En el fondo de su ser había una vocecita que le decía que algo iba mal. No sabía qué era, pero la intranquilidad se apoderó de él. Con esta sensación extraña palpó los jóvenes brotes que luego se convertirían en bellas flores y darían paso recién entrado el verano al delicioso fruto.

2

En la Jefatura Superior de Policía del paseo María Agustín de Zaragoza todo respiraba tranquilidad. Faltaba poco para terminar el turno de mañana y los funcionarios que iban a turno partido estaban pensando más en las viandas que en los informes apilados sobre la mesa. En el último piso del edificio, en la esquina más cercana a la sede de la Diputación de Aragón, antiguo orfanato Pignatelli, se encontraba un pequeño despacho donde la placa de la puerta señalaba: «Inspector Juan Martini»; debajo, con letra casi inapreciable: «Sectas y fenómenos extraños».

Después del caso de 1999 y tras la repercusión mediática que hubo no sólo en España, sino en gran parte del mundo, los políticos del momento y los mandamases policiacos crearon esta pequeña célula especializada en estos asuntos. En agradecimiento, al logro de desarticular a la secta más sanguinaria y cruel de toda la historia criminal de España, nombraron a Martini coordinador de diferentes agentes distribuidos por todas las comunidades autónomas para atajar los fraudes, lavados de coco, estafas y secuestros que estos fenómenos suelen arrastrar.

En el interior del despacho, sentado tras una impoluta mesa, estaba Martini: solterón empedernido, no por falta de numerosas oportunidades para haber abandonado la codiciada soltería, sino porque a sus cuarenta y tres años aún seguía buscando a su princesa, aunque, eso sí, cada vez más joven. Mostraba un físico bastante cuidado (estaba

pasando una época en la que la natación, el gimnasio, la comida saludable y el intento de dejar de fumar y beber ocupaban gran parte de su tiempo libre).

Maniático del orden, todo el despacho te decía al entrar quién lo habitaba. Dos de las cuatro paredes estaban llenas de estanterías milimétricamente colocadas, repletas de carpetas de diferentes colores y tamaños. En medio de las dos paredes, a modo de separación, un enorme croquis definía el orden y clasificación de las carpetas.

Los archivos del ordenador seguían la misma tónica: con la ayuda de un *software* estuvo más de seis meses creando un diseño para ordenar todos sus archivos. Además de todo este disciplinado despliegue de esquemas, estadísticas, sistemas, etcétera, tenía encima de la mesa un informe del compañero de Madrid, el cual le notificaba que una familia de ecuatorianos, al abrir una papaya, había descubierto la imagen de una virgen, la de Montserrate para más señas, dentro del fruto, y se había formado un pequeño revuelo en algunos miembros de esta comunidad. Por otra parte, un correo de su compañero de Sevilla le volvía a manifestar su preocupación por el nuevo movimiento pseudorreligioso: La Hermandad de Justicieros del Rey Salomón. El sevillano tenía el temor de que se dedicaran a partir bebés a diestro y siniestro por tierras sevillanas.

Contestando por *e-mail* al compañero de Madrid, le comunicó que siguiera la evolución de la papaya. Estaba seguro de que en pocos días tanto la pulpa del fruto, como la curiosa forma ahí reflejada, irían tomando un tono marrón oscuro y el olor se volvería fétido. Estaba convencido de que, después de esta metamorfosis, los seguidores se disolverían como los azucarillos.

Con una sonrisa burlona hizo clic en el ratón enviando el correo. Por suerte, de un tiempo a esta parte, todos los informes que le mandaban tenían el mismo grado de peligrosidad que el caso de la papaya. El caso de Sevilla tampoco creía él que fuera grave, pero un pequeño y discreto seguimiento no estaría de más.

Llevaba toda la mañana intentando ponerse en contacto con su amigo Paco Toel, ya que en su programa de radio semanal uno de sus redactores había investigado *in situ* a los del «Salomón».

Su mirada se dirigió a la única pared libre de estanterías. De ella colgaban dos fotografías: en la de la derecha aparecía una enorme cantidad de gente de varias generaciones –era su familia y él, el benjamín de nueve hermanos–, en la de la izquierda estaba él muy sonriente junto a

Paco Toel y el amigo de este, el «colgateras» del Ferran Puquet, en un sitio idílico de los Pirineos.

Esta fotografía fue realizada días después de haber solucionado el caso de 1999. Su amigo del alma se había embarcado en una aventura en un pueblo abandonado del Pirineo aragonés. Toel se introdujo en una secta, juntamente con un casi cincuentón catalán que había conocido en uno de sus reportajes. Los dos se metieron en la boca del lobo sólo porque descubrieron que en el interior de ese pueblo se corrían las orgías más salvajes que mente lujuriosa pudiera imaginar. Pero detrás de esas bacanales sexuales se escondían las más sanguinarias mentes. Cuando el vello se le empezaba a erizar recordando las desagradables imágenes y el peligro que corrieron las vidas de sus amigos, sonó el teléfono haciéndole dar un brinco en la silla.

—Sí, pásamelo, estaba esperando su llamada. Gracias, Guti –contestó poniendo seguidamente el manos libres–. ¿Qué pasa, Paquito?, ¿dónde te metes?, llevas con el móvil apagado toda la mañana.

—¿Qué pasa, *tron*?, ¿quién se ha muerto?, ¿o cuánto dinero necesitas? Para que tú me llames tres veces, algo grave debe de estar pasando –contestó Toel al otro lado del teléfono.

—No seas *gili*. Qué manía con que nunca te llamo…

—¡Qué valor tienes! La memoria de mi móvil se ha vuelto modorra intentando recordar tus datos –contestó con ironía.

—¡Vale, para ti la perra gorda! ¿Me quieres decir dónde has estado toda la mañana?, porque ¡para que tú desconectes el móvil!… ¿No habrás estado sacando punta al lapicero? –le preguntó picaronamente.

—Sí, pero no con el lapicero que tú piensas, ¡guarro! Esta mañana, cuando salía de la emisora después de entregar el guion del programa, al pasar por la puerta de un bingo me ha *dao* un pálpito y he entrado.

—¿Qué tal?

—El pálpito se lo han dado a mi cartera; me han jodido cincuenta euros.

—Ya sabes que tienes que ir conmigo para salir con la «sonrisa feliz» de esos sitios –le contestó Juan entre carcajadas.

—Sí, vaya, me lo dice el niño cantor de Viena, ¡no te jode! –le respondió con sorna Paco Toel.

—Bueno, vale de gilipolleces. Mi estómago me está diciendo que es hora de comer. ¿Quedamos en el Rieva II?

—Como te conozco mejor que la madre que te parió, al ver las llamadas me he imaginado que dirías de ir a comer juntos y estoy camino

del restaurante. Estaré un buen rato buscando aparcamiento, con lo cual ponte en marcha, que ahí nos encontraremos –se despidió cortando la conversación.

Juan desconectó el manos libres y apagó el ordenador. Si no ocurría alguna urgencia no pensaba volver esa tarde al despacho. Se puso la cazadora de piel abrochándosela hasta arriba pues en la calle el cierzo azotaba con furia; por la mañana, al ir hacia la oficina, le pareció que era enero en vez de finales de marzo. Saludó al compañero de la puerta y bajando las escalinatas sintió la fuerza del aire helado. Apretó el paso para llegar a la estrecha calle que rodea la plaza de toros y así resguardarse del viento. Alcanzó la plaza del Portillo e inmediatamente enfiló Conde Aranda. No había andado quinientos metros cuando llegó a la puerta del restaurante.

El Rieva II es un restaurante familiar de menús semanales, trabajadores del entorno y transeúntes ocasionales son sus clientes habituales. Los fines de semana cenas de empresa, de amigos o despedidas de soltero, y en temporada unas cuantas BBC –bodas, bautizos y comuniones– componen su fondo de comercio.

Juan entró en el local. En la larga barra del bar apuraban sus consumiciones unos clientes antes de entrar en el salón. Toel no había llegado. Se sentó en una esquina coincidiendo con la salida de Yoli del comedor. Al verlo se dirigió hacia él con su maravillosa sonrisa.

—¡Hombre, Juanito!, no te esperábamos hoy, los jueves no te prodigas mucho por aquí –le saludó, dándole dos besos de bienvenida.

—Hola, cariño. He quedado con Paquito; creo que la tarde será larga –contestó devolviéndole el saludo.

—¡Ay, qué peligro!, la pareja de solterones cabalga de nuevo –afirmó con sonrisa picarona mientras le llenaba una cerveza en un vaso de tubo.

Juan sonreía. Le encantaba la forma de ser de su amiga Yoli, amistad que se había fraguado después de muchos años de ir a comer y cenar a su local. La relación cliente-dueños había pasado a ser de amigos a través de múltiples juergas, comilonas e incluso días de vacaciones juntos. Ella y su marido, Richi, habían pasado con ellos muchos domingos viendo a su amado Real Zaragoza, sufriendo más disgustos que satisfacciones estos últimos años.

La puerta se abrió y por ella apareció la enorme humanidad de Toel, con su pelo de abundantes canas y la barba bien cuidada y totalmente blanca. De unos años a esta parte se había abandonado físicamente

y, rozando la obesidad, la buena comida, juntamente con el escaso ejercicio, le habían cubierto de grasa el cuerpo que años atrás había ensanchado con el culturismo. Su voz grave resonó en el local.

—¡Hola, amor! ¡Qué guapa y lustrosa estás hoy!, ¿qué pasa, Juan?, ¿llevas mucho rato esperando? El aparcamiento en esta zona está imposible. –Pasó como un torbellino mandándole un beso a Yoli con la mano y, dándole una palmada a Martini, abrió la puerta de la cocina saludando desde el umbral–. ¿Qué pasa, *tron?* ¡Qué *calentico* estás aquí, ladrón, entre los fogones! –terminó el saludo cerrando la puerta, dejando a Richi entre las cacerolas sudando la gota gorda.

—Toma tu cerveza. Cada día que pasa estás más loco –le dijo Yoli dejando el vaso en el mostrador.

—Sí, estoy más loco, pero por ti, rubia. ¿Cuándo vas a abandonar a tu marido para elegirnos a uno de los dos? –le preguntó entre risas.

—¿Y qué me daréis? –interrogó, poniendo pose de Marilyn cantando el cumpleaños feliz.

—Tenemos buen trabajo, piso, coche y *dinerico* en el banco. ¿Qué más quieres? –le susurró casi en el oído.

—Eso ya lo tengo… y lo que mi Richi «me da» todos los días. ¡Ah, y los festivos dos veces! ¿Me lo vais a dar vosotros? –le contestó con voz zalamera.

Ante tal declaración de fogosidad y cumplimiento marital los dos amigos empezaron a silbar y mirar al techo. La diferencia de edad de una década era una barrera infranqueable; ni con la ayuda de «la pequeña azul» podrían igualar tal ímpetu.

—Bueno, ahora en serio, ¿vais a comer el menú o queréis algo especial? –les preguntó sacando la libreta, pero sin dejar esos aires de triunfo.

—Os voy a comunicar una cosa importante. –Se levantó Toel y alzando el dedo a modo de discurso prosiguió–. El otro día me probé la ropa del verano pasado. De la primera camisa saltó un botón que casi me rompe el espejo; los jerséis del ombligo no pasa ninguno y con los pantalones, cuando a la media hora me los pude abrochar, parecía un reloj de arena, a las piernas no le llegaba el riego sanguíneo. Ante esta disyuntiva he optado por volver a cuidarme. He recogido a una perrita para obligarme a dar dos largos paseos diarios, volveré al gimnasio a machacarme, las comilonas las restringiré a la mínima expresión y la comida sana volverá a ocupar mi frigorífico. De modo que, y a manera de despedida, como en las jotas, hoy me zamparé una sobredosis de

colesterol. ¡Apunta, chiquilla!, quiero dos huevos fritos con «puntilla», dos trozos de magra de Teruel de un centímetro de espesor, pasados por la sartén, y para rematar dos trozos de *longanizica* de Graus, que me vuelve loco. –Después de quedarse más ancho que largo tras semejante panegírico, fue zarandeado por sus amigos y entre risas y empujones entraron en el comedor.

Después de comer tan sabrosas viandas, se acomodaron mejor en la silla esperando el carajillo, Juan inició la conversación.

—¡Buh! Estoy como las boas después de comerse un cervatillo. Paco, ¿recuerdas el programa en el que trataste el tema de la Hermandad de Justicieros del Rey Salomón? Necesitaría toda la información que me pudieras dar. Tengo al compañero de Sevilla preocupado, no sabe por dónde le podrán salir estos.

—Ya me parecía a mí que tanta llamada tenía un motivo –exclamó con ironía–. No te preocupes, tengo en mi despacho un informe de ese grupo y en el ordenador un archivo del guion del programa, pero quedó claro que son un grupo de indefensos aprendices de abogados de causas perdidas.

—Lo que me preocupa es que lo tengamos que buscar en tu despacho. Tu forma caótica del orden me pone de los nervios –le dijo con cara de preocupación.

—Ya tenemos al tiquismiquis… Yo me desenvuelvo en el caos como pez en el agua –le contestó con un tono de reproche.

Cuando la discusión iba a pasar a mayores, se acercó Richi con una botella de pacharán artesano y tres vasos llenos de hielo. Los tres amigos empezaron una larga sobremesa. A medida que la botella menguaba su licor, las risas y el jolgorio aumentaban el nivel de decibelios.

3

En el dormitorio principal del viejo caserón de El Frasno un joven preparaba una pequeña maleta de viaje. Sobre la repisa de mármol de un tocador de principios de siglo reposaban dos cabezas de maniquíes con sendas pelucas enfundadas: en la primera, una larga cabellera morena, y en la otra, una calva con una mata de pelo de color cobrizo rodeando la zona superior de la nuca. A su lado había un postizo de espesa barba del mismo color. En el amplio mueble también se distinguían diferentes complementos faciales tales como: cejas, bigotes, lentillas de diversos colores, pestañas…

El cambio físico que había sufrido Julen de unos años a esta parte saltaba a la vista. Después de un suave tratamiento hormonal sus pechos aumentaron levemente –Pau no quería unos pechos prominentes–. Sus formas se redondearon, la voz se le aclaró bastante, el vello desapareció por completo y un implante de silicona abultó sus nalgas. Todo ello, junto con un poco de maquillaje y sus naturales maneras femeninas, lo convertía en una bella mujer.

Encima de la cama una ropa muy especial esperaba ser introducida en la maleta. Una gorrita de marinero resaltaba junto a una camiseta de tirantes de franjas azules y blancas y un pantalón de algodón impolutamente blanco. A su lado, una guerrera blanca con chorreras doradas –y en la bocamanga los galones de capitán de yate–, con su pantalón

a juego y la gorra de plato. Todo fue introducido con mimo en la pequeña maleta. Cuando terminó miró el reloj de muñeca, su rictus cambió al ver lo tarde que se había hecho.

Observó con satisfacción que todo estaba correcto, dio media vuelta y desde el quicio de la puerta llamó:

—¡Leopoldo, sube a ayudarme!, son más de las cuatro y a las nueve tiene que estar todo preparado. –Al comprobar que los ruidos provenientes del salón seguían su ritmo sin que su llamada hubiera hecho ningún efecto, gritó–: ¡Leopoldo, quieres dejar todo y subir inmediatamente! –esta segunda llamada sí fue atendida, ya que al momento escuchó como subía con grandes zancadas los viejos escalones de piedra que separaban los dormitorios de la parte inferior de la casa.

—Perdona, no me acostumbro al nuevo nombrecito. No sé por qué seguimos la pantomima cuando estamos solos en la casa –se disculpó Pau, llegando acaloradamente después de subir de dos en dos los escalones.

—Para evitar precisamente esto que acaba de ocurrir, merluzo. –Agachándole la cabeza y poniendo sus ojos a la altura de los azules intensos de Pau, prosiguió en voz queda–. Hemos pasado siete años planeando esto. Si todo sale como hemos previsto, se hablará de nosotros durante años y entraremos en los libros de historia con palabras grandes, subrayadas y en negrita. En un pueblo tan pequeño las paredes oyen. ¿No te das cuenta de que aquí el pasatiempo preferido es cotillear?, seguro que ese tal Rafael ya se ha encargado de hacer de radio macuto en el café, y ahora todos los vecinos saben que hay nuevos forasteros en el pueblo. O sea, que vete acostumbrando a ser Leopoldo y yo Cristina.

—No te pongas así, ya he captado el mensaje. A medida que se acerca el día los nervios son más difíciles de controlar –le contestó afligido, siguiéndole como un perrito faldero hacia el interior de la habitación.

—Mientras me coloco la peluca de Cristina, me pones la calcomanía del ancla en el culo –le espetó Julen.

—¿Hoy toca el numerito de *Querelle?* –dijo Pau con cara de pocos amigos mientras recogía el cartón de la imagen. La puso con mucho cuidado sobre la nalga izquierda y frotó con un algodón impregnado de alcohol. Al momento retiró el papel y un ancla de color negro y dorado resaltaba en la blanca pero abultada nalga de su amigo.

—Sí, ¿qué pasa?, ¿no te volverán esos tontos ataques de celos? –preguntó mientras sujetaba la peluca morena a su cuero cabelludo.

—No lo puedo remediar, se me revuelven las entrañas cada vez que pienso que estás en las manos de ese depravado –le contestó dejándose caer pesadamente sobre la cama.

—¿Que se te remueven las entrañas dices? –Revolviéndose como una serpiente, se fue hasta él y agarrándole de las orejas, quedando frente con frente, prosiguió–: ¿Cómo te crees que tengo yo mis entrañas cuando debo satisfacer las fantasías del depravado, como tú le llamas? Sí, tengo que hacer de tripas corazón aguantando el barrigón, su sudor y su aliento, pero cierro los ojos y pienso que es el último escalón para llegar a poner la guinda del pastel, la estrella luminosa en el árbol de Navidad.

La habitación quedó en silencio. Caró bajó la mirada; Baigorri suspiró profundamente y le dio un suave beso en los labios. Le remordía la conciencia al ser tan duro con él, pero tenía que ser fuerte: la empresa que iban a emprender no entendía de debilidades, dependiendo sus vidas de ello. Su Demiurgo esperaba todo de ellos y no le podían fallar.

Julen se terminó de vestir. Pau cogió la maleta y un pequeño neceser saliendo de la habitación. Bajaron las escaleras despacio. Al llegar al amplio salón Julen apreció el trabajo que Pau había realizado. En una enorme mesa de roble, sobre un tablero de vivos colores, se dibujaba una enorme pirámide que presidía la habitación. En un rincón al lado de la chimenea, otra mesa, esta moderna y funcional, estaba abarrotada de todos los elementos electrónicos que una oficina puede necesitar. En la pared, un enorme panel pendía de ella, sólo lo llenaba una pequeña foto y un recorte de periódico.

Los dos, cogidos de la mano, se acercaron al tablero. Ante sus ojos una pirámide dividida en cinco pisos, desde la base hasta la punta, junto con una imagen de serpiente con cara de fiero primate y unos símbolos a su alrededor, ocupaban todo el tablero. En una de las esquinas un dado hexagonal con diferentes motivos en sus caras esperaba entrar en juego.

Baigorri con su delicada mano cogió el dado llevándoselo a los labios, lo rozó suavemente, a continuación se lo ofreció a Caró y este lo besó. Se miraron sin decir palabra, no había nada que decir; los últimos siete años sólo los habían vivido para este momento. Todo estaba planeado al milímetro, nada quedaba al azar. Sus privilegiadas mentes trabajaron al cien por cien para realizar su obra maestra. El reloj de pared marcó las cinco en punto. Sonrieron ante la casualidad del momento; ni hecho aposta les hubiera quedado tan poético. Antes de que hubiera

sonado la última campanada en el reloj del ayuntamiento, Julen lanzó al aire el dado de madera, este rebotó varias veces sobre el tablero, rodando y, dando el último giro sobre sí mismo, se paró entre las fauces del monstruo. Una de las caras se quedó arriba enseñando el signo que contenía.

Por el gesto que pusieron y la sonrisa que iluminó sus rostros estaban satisfechos con la tirada. En el único momento en que el juego estaba sometido a la suerte esta no se mostró esquiva; para ellos esa probabilidad es la que más les gustaba.

Ya no había vuelta atrás: el juego había comenzado. Se abrazaron; en su fuero interno sabían que no podían acabar las partidas inmunes. Tanto si se terminaba el juego, como si no, sus vidas cambiarían por completo. De todos los finales posibles, el resultado siempre era el mismo y lo tenían muy asumido. Se dieron un largo beso mirándose con esa complicidad que sólo las parejas que comparten todo se pueden dar.

Julen cogió el equipaje, abrió la gran puerta de madera y cruzó el pequeño jardín hasta la valla. El todoterreno estaba a la sombra de las acacias. Dejó la pequeña maleta en la parte trasera del vehículo con el neceser. Se colocó las gafas de sol y puso en marcha el coche. Eligió la salida por la carretera vieja. Cuando estaba a punto de iniciar la desviación que le dejaba en la autovía, apercibió a unos lugareños sentados en el poyo que a la vez servía de parada del autobús de línea Zaragoza-Calatayud. Entre ellos se encontraba Rafael, que junto a unos abueletes aprovechaban los últimos rayos solares antes de que la oscuridad se cerniera sobre el pequeño pueblo. Por el retrovisor Julen observó como se alejaba del grupete de tertulianos, aunque parecían enfrascados en una conversación interesante todos siguieron con la vista el gran coche negro con los cristales tintados. El último en apartar la vista fue Rafael, ese señor que había conocido unas horas antes.

Todos los meses desde hacía más de un año, una noche al mes quedaban en la coqueta cabaña del valle de Fuenfría. Allí con su amante realizaba todas las fantasías que a él se le ocurrían. Era un buen hombre, pero en el fondo era muy desdichado. Su alto cargo, su vida pública y privada le agobiaban demasiado. En el reposo amoroso tenían largas conversaciones, en las cuales se sinceraba como un niño. Le había dicho que mandaría todo a la mierda: su larga vida profesional, su insoportable esposa y los vampiros de sus hijos. Se retiraría, se irían a otro país y vivirían los dos sin esconderse de nadie, disfrutando de su amor y proclamándolo a los cuatro vientos.

Una sonrisa iluminó su rostro, pues muy pronto ellos le librarían de sus sufrimientos. Dentro de unos meses le otorgarían una vida de descanso y libertad.

Ya había superado Calatayud. El reloj del salpicadero marcaba las cinco y media, y mientras en la radio sonaba una canción de los ochenta, el todoterreno negro surcaba veloz por la autovía camino de su cita mensual en la cabaña.

4

—¡Taxi! –llamó con desesperación Martini en mitad de la plaza de España de Zaragoza. En pleno centro de la ciudad y a las seis de la tarde era tarea casi imposible conseguir un taxi. Por fin el tan deseado vehículo público paró, haciendo caso a los aspavientos de llamada. Con rapidez se introdujo en el coche.

—Buenas y frías tardes. Lléveme a la avenida de Valencia esquina con García Sánchez, por favor –saludó mientras se acomodaba en el asiento.

—Buenas. Enseguida –contestó secamente el chófer poniendo en marcha el vehículo e incorporándose al espeso tráfico.

Observando por la ventanilla veía como los sufridos transeúntes caminaban con dificultad debido a las fuertes rachas de viento. El taxi se detuvo en un semáforo cuando sus pensamientos lo llevaron a tiempos pasados.

Desde el 82, cuando el cumplimiento con la patria los había unido, seguía esta amistad. Aún se preguntaba muchas veces cómo dos caracteres tan distintos se habían vuelto inseparables: «Él, de derechas, yo, de izquierdas; él, un virtuoso del desorden; yo, un maniático del método y del orden; él, extrovertido en la máxima expresión de la palabra; yo, introvertido, adoro la soledad y mi intimidad».

Pero en veinticinco años de verdadera amistad, no podía recordar ni una discusión. «A tenor de la verdad, con la forma de ser de Toel es

muy difícil enfadarse con él; es un niño enorme que la malicia todavía no ha contaminado. Todo lo hace desde el corazón, aunque muchas veces esto lo ha metido en más de un aprieto. Si no, que me lo digan a mí en esos días horrorosos de 1999…».

Ensimismado en sus pensamientos, la voz del taxista le sobresaltó:

—Señor, ya hemos llegado.

Martini abonó el importe de la carrera y se apeó del vehículo. La ráfaga de viento helado casi le hace perder el equilibrio; esa esquina los días de cierzo es muy traicionera. Los edificios que hay alrededor (sobre todo el Torre Sol, que en los años setenta fue la construcción más alta de la ciudad) formaban un tubo que bajaba desde la calle Bretón a la intersección de las cuatro calles, consiguiendo aumentar la velocidad del vendaval, haciendo casi imposible aguantar la verticalidad. Casi de medio lado Martini llegó al portal número 48 y llamó al 4.º H. Tras unos instantes de espera que a él le parecieron eternos, del interfono salió el sonido de unos ladridos enloquecedores y entre ladrido y ladrido la voz de Toel intentando calmar a la bestia.

—Nogara, te quieres callar de una vez. ¿Quién es? Nogara, a la cesta, que te doy, ¡eh!

—La policía. Abra, por favor, y calle a ese perro –contestó Juan temblando de frío.

—Un momento, señor madero, que me deshaga del cadáver –le dijo con sorna Paco.

—¡Dale al botón de una vez, que me estoy quedando pajarito, gilipollas! –le apremió aguantando un nuevo azote del cierzo.

Cuando se introdujo en el patio de la casa se atusó un poco el pelo, ya que el vendaval le había dejado al descubierto unas incipientes entradas que él coquetamente disimulaba con el peinado. Subió ágilmente los escalones que le separaban del cuarto piso (se tenía que notar la época sanota y deportiva por la que estaba pasando, ¡qué caramba!). Al llegar al último tramo de escalones, vio que en el rellano de arriba le esperaba meneando el rabo la última adquisición de Toel, Nogara, perrita de seis meses de raza inclasificable, cabeza que recuerda a los chihuahua y orejas descomunales con relación al cuerpo pequeño de color marrón. Toel, en un arranque patriótico-regional, le puso Aragón al revés.

Al llegar a su altura, la perrita se volvió como loca dándole la bienvenida. Saltaba y ladraba mientras el rabo parecía que se le salía

de su sitio. Nogara era digna de su amo, al que le encantaban las visitas. Procurando no pisarla entró en el piso, cerró la puerta y llamó a Paco:

—¿Dónde estás?

—En el cuarto de baño, me acabo de duchar. El puto pacharán me ha dejado medio noqueado. He sacado a Nogara a dar su paseo y creo que la gente se habrá dado cuenta que iba medio pedo –le contestó desde el fondo del habitáculo.

—Yo también me he tenido que refrescar. Esa bebida artesana tiene los cojones bien puestos –sentenció mientras se dejaba caer en el cómodo sillón del salón.

—Para los años que tiene esta vivienda, no me tengo que preocupar de la calidad de los materiales empleados –le espetó entrando en la habitación mientras se ponía una sudadera.

—¿Qué me estás diciendo?, no te entiendo. –Le miró con cara de asombro.

—Ahora mismo lo entenderás. –Pasó por delante de Juan y, agarrando con las manos el brazo del sofá, lo arrastró más de medio metro de su lugar. Al unísono la perrita dobló las orejas y con el rabo entre las patas salió del salón en dirección a los dormitorios–. Cuando he llegado hace una hora, me he dado cuenta de que la perra llevaba los bigotes y el hocico manchados con un polvo blanco. He seguido el rastro y mira lo que he descubierto: Nogara es un albañil frustrado –acompañando sus palabras surrealistas se apartó y Martini pudo ver un boquete en la pared de unos dos palmos de ancho por uno de alto. El suave estucado de la pared había desaparecido, el yeso yacía en el suelo y dos ladrillos saltaban a la vista.

—A lo mejor no está a gusto contigo y estaba haciendo un túnel para su fuga –acertó a meter la gracia entre risas.

—El túnel se lo hago a tu prima, la guarra –le contestó Paco un poco mosca, pero pronto sucumbió ante las carcajadas de su amigo. Por la puerta, al oír las risas de los amigos, apareció la perrita meneando el rabo alegremente. La tormenta había pasado y su amo ya no le gritaría como antes.

Cuando se sentaron y se calmaron del ataque de risa que les había dado se miraron a los ojos.

—¿Tienes que ir por la mañana al curro? –preguntó Paco.

—No, tengo planeado hacer el turno de tarde. Así que cuando termine a las diez me acercaré a la radio y veré como haces el programa de

mañana. Después podríamos convencer a las redactoras para ir a tomar una copa.

—Secundo la moción, no se hable más. Por la mañana buscaremos lo del grupo de Salomón y por la noche le diré al técnico que te dé una copia del programa que hicimos. Pero ahora tengo pendiente una revancha a la humillación a la que fui sometido por vos el mes pasado. ¿Está preparado para la paliza que pienso darle? –le preguntó con expresión retadora.

—Yo siempre estoy preparado –le contestó Martini, acompañando a sus palabras con el gesto de limpiarse el hombro de unas invisibles motas de polvo.

Como si les hubieran dado una señal de salida los dos amigos empezaron una liturgia muchas veces realizada. Toel se levantó y encendió la gran pantalla del televisor. Puso en marcha la PlayStation, sacó los dos mandos del juego y los colocó encima de la mesa. A continuación se dirigió a la cocina, cogió un par de cervezas Ámbar 2 y se dirigió al salón. Mientras tanto, Martini se había despojado de los zapatos y del bolsillo de la cazadora extrajo el tabaco y un chivato (celofán que protege a la cajetilla de tabaco donde la gente guarda sustancias estupefacientes; el nombre le viene del ruido que hace el celofán en los cacheos) lleno de cogollos de «maría». De una caja de sobremesa extrajo los utensilios necesarios para hacerse una «cañica». Por sus edades y con la cerveza no se atrevían a hacerse un porro como mandan los cánones.

Pasada una hora de *birdies, eagles, pares, bogeys* y *puttings* virtuales, de dos «cañicas» e innumerables latas de cerveza que llenaban la mesa, los dos amigos se lo estaban pasando en grande. No tenían otra preocupación que no fuera meter la bolita en el agujero con un golpe menos que el otro. Sus vidas trascurrían como las de cientos de millones en el mundo.

Pero muy pronto esta vida normal se truncará. Queda muy poco para que sus vidas den un giro de ciento ochenta grados y puedan ver y sentir lo peor del ser humano. En un intervalo de siete años se van a ver inmersos en dos sucesos que muy poca gente vive en el mundo.

Pero de momento Toel y Martini, gracias a la cerveza, a la marihuana y al juego de golf virtual, están ajenos a la espiral que se va a ceñir sobre ellos.

Mientras, la Nogara también se lo estaba pasando en grande. Tenía para ella sola dos maravillosos zapatos italianos. Los cordones de uno ya estaban en su cesta y los del segundo se encontraban a mitad camino. El siguiente paso sería mordisquear esas puntas brillantes que la estaban volviendo loca.